

Luis Tonelli

Kirchnerismo: de la derrota en las legislativas del 2009 a la reforma política

Luis Tonelli

Politólogo.

Director de la Carrera de Ciencia Política,
Universidad de Buenos Aires

Si los analistas políticos somos aquellos que basamos nuestras predicciones en el estado de las cosas, los políticos son aquellos que se dedican a cambiar el estado de cosas, arruinando nuestras predicciones. Antes de las elecciones de renovación parlamentaria de 2009, una cantidad de factores concurrentes hacían presagiar que, en el caso de una derrota del oficialismo en el distrito bonaerense, podría desatarse –otra vez– la tormenta perfecta de la ingobernabilidad en la Argentina.

El primero de esos factores eran datos que provenían de nuestra historia reciente: cada vez que un presidente tuvo que enfrentar una derrota en las fatídicas elecciones legislativas previas a las presidenciales, su capacidad de gobierno quedó seriamente afectada. El presidente Raúl Alfonsín al perder en las legislativas de 1987, no sólo tuvo que archivar sus proyectos fundacionales de reforma constitucional, sino que, en los últimos meses de su gobierno, tuvo que enfrentar el cóctel explosivo de la in-gobernabilidad y la hiperinflación que lo llevó a entregar anticipadamente el poder. Su sucesor, Carlos Menem, al ser derrotado en las legislativas de 1997 tuvo que ceder en su ambición de lograr una nueva reforma que le permitiera su re-reelección presidencial y hasta tuvo que aceptar que su rival, Eduardo Duhalde, fuera el candidato peronista –finalmente derrotado en las presidenciales de 1999 por la Alianza. Fernando de la Rúa no pudo convencer a nadie de que al no participar personalmente en las elecciones legislativas de 2001, en las que su coalición fue vencida, él no había sido derrotado, factor que se agregó a las siete plagas que se abatieron sobre el país y signaron su renuncia anticipada. En síntesis, si en los Estados Unidos la derrota en las *middle term elections* produce el fenómeno del “pato rengo” –un presidente incapaz de ser reelegido y por lo tanto sin capacidad de amenaza a futuro–, en la Argentina perder en las elecciones legislativas producía un “palmípedo cuadrapléjico” con serias dificultades para llevar las riendas del gobierno.

El otro factor que abonaba los sombríos pronósticos preelectorales era la crisis internacional que se estimaba, podría ser peor a la de 1930, con el antecedente cercano de la catástrofe de la convertibilidad en 2001 y la hiperinflación en 1999. Una crisis sistémica sumada a una derrota electoral eran razón suficiente para que incluso algunos Casandras opositores, se regocijaran con la imagen de la presidenta Cristina Fernández subiendo al helicóptero para emprender un viaje sin regreso desde la Casa Rosada.

A todo esto, cabe agregar, los efectos que podrían derivarse del lapso entre las elecciones y la asunción real de los diputados y senadores y que en el caso de surgir una nueva mayoría legislativa, abriría una suerte de “tierra de nadie” en que la legitimidad del Congreso sería seriamente cuestionada. Es-taba fresco el recuerdo de las elecciones presidenciales de 1989 realizadas con varios meses de anticipación –que el alfonsinismo pergeñó con el fin de adelantarse a una mayor pérdida de popularidad– y que al resultar elegido Carlos Menem, contribuyó a la acelerada licuación de poder del gobierno radical.

Por último, pero no por ello menos importante, la estrategia de “todo o nada” del kirchnerismo podía significar, en una eventual derrota, lógicamente: “nada”. En realidad la derrota electoral quedó ampliamente magnificada por el fracaso de la estrategia oficial de atraer todos los focos de atención a las elecciones de la provincia de Buenos Aires, considerada un distrito en el que la victoria estaba asegu-

rada, con lo que se lograría disimular los resultados adversos en otros distritos de importancia.

Pero las encuestas pronto indicaron que la "madre de todas las batallas", como se la bautizó desde los despachos oficiales, podría traer más complicaciones para el kirchnerismo que las consideradas. Por lo pronto, el Frente para la Victoria comenzó a poner cada vez más carne en el asador de las ofertas electorales para terminar en una su-perlista bonaerense que llevaría al ex presidente Néstor Kirchner, al gobernador en ejercicio Daniel Scioli, al jefe de gabinete Sergio Massa, al vice-gobernador Balestrini, y a la mayoría de los intendentes oficialistas.

La estrategia oficial confiaba en que un nuevo ardid, el de las candidaturas "testimoniales", al involucrar como candidatos a los intendentes en persona, traccionaría los votos del populoso conurbano profundo, aunque de antemano se supiera que ellos no renunciarían a su puesto en el ejecutivo local para asumir en el legislativo.

De este modo, el kirchnerismo encaró las elecciones de un modo en las antípodas de cómo lo había hecho dos años atrás para las presidenciales, en las que resultó electa Cristina Fernández. En ellas, se habilitó a que, colgados a la boleta de la fórmula presidencial, se presentaran candidaturas competitivas para cargos provinciales y locales. Las listas "colectoras" sumadas a la lista oficial permitieron una ampliación de la oferta electoral, pero todas convergentes y funcionales a la tarea de juntar votos para el binomio Cristina Fernández-Julio Cobos a nivel presidencial.

Sin embargo, la fragmentación política usufructuada durante todo el gobierno de Néstor Kirchner

y la elección de su sucesora, ahora le jugaba en contra al oficialismo. La popularidad del gobierno había experimentado una caída en picada luego del desgastante conflicto que comenzó por un enfrentamiento con las organizaciones agrarias, reunidas en la mesa de enlace, para resistir la implementación de las retenciones móviles a la exportación de soja y otros productos agropecuarios, para luego aglutinar a toda la oposición al kirchnerismo. A eso se le sumaría como golpe devastador, el voto "no positivo" del vicepresidente Cobos que enterró el proyecto del oficialismo, y quien por esa acción sería sorprendentemente entronizado por la opinión pública como el opositor con más alta popularidad.

De repente, la más segura de las elecciones se transformaba en la más riesgosa: a pocos días de las mismas, las encuestas daban un empate técnico de la lista kirchnerista con la encabezada por un, hasta hacía poco, ignoto Francisco de Narváez y el ex gobernador Felipe Solá.

Finalmente el escrutinio confirmó la derrota en la provincia de Buenos Aires, aunque la causa no parecía radicar en la polarización entre el peronismo kirchnerista y el peronismo disidente que absorbería votos radicales, ya que la Coalición Cívica-UCR haría un buen papel. Más bien el oficialismo no había logrado traccionar los votos que descontaba del conurbano para compensar el interior de la provincia, ferozmente opositor desde el conflicto con el campo. Un análisis plausible evaluaría el impacto negativo de la inflación y el desempleo sobre los sectores más populares, erosionando lo que antes eran bas-